

PACO UREÑA: ÉTICA DEL TOREO

Ignacio Antonio Sáez

Arquitecto

Para aquellos a los que el misterio del toreo tocó en edades no tempranas o en lugares donde este arte es poco común, el progresivo estudio del aprendiz de aficionado se cimenta en lecturas clásicas ya conocidas que dibujan en su mente lo que sería la faena perfecta. Esa faena ideal, imaginaria constituida en esencia, es la que tarde tras tarde el joven aprendiz de aficionado buscará sustanciarse en el centro del ruedo. Al carecer de esas referencias básicas que sólo se consiguen a base de un aprendizaje lento, progresivo y exhaustivo que enseña a separar el grano de la paja, el joven aprendiz de aficionado descubre en este estudio iniciático que, paradójicamente, la evolución del toreo se mira en el pasado y aspira invariablemente a una correcta interpretación y ejecución de los cánones clásicos, esto es, torear con pureza. Este concepto resultaría complicado definirlo sin cierta polémica, pero desde luego se coincidiría en que alcanzar la ortodoxia parte, de forma inexcusable, en ejecutar las suertes conforme aquellas *reglas fijas que jamás faltan* – tal y como titulaba Pepe Hillo en su Tauromaquia a final del siglo XVIII – y que limitan las ventajas del lidiador sobre el toro: citar en la rectitud, cargar la suerte al llegar el animal a jurisdicción y vaciarla templando la acometida conforme la naturaleza del toro sin enmendarse. Sobre estas normas se basa además la ética que debe regir una faena desde el primer hasta el último tercio, ya que cada uno de ellos tiene también unos códigos que validan o inhabilitan sus acciones con el protagonista

del festejo –que no es el torero, sino el toro-. El toro, en su integridad, mide al torero, lo examina y lo juzga con severidad. El toro sentencia, ejecuta en su naturaleza la soberbia de quien es a la vez dios y sacrificio, se bate en duelo desigual. El toro, en su integridad y rebosante de bravura, se presenta en majestad ante un hombre llamado torero que expondrá su vida ante él y al que deberá tratar de engañar sin mentir, someter con guante de seda sus descompuestas embestidas trazando líneas y arcos en la arena como si de un problema geométrico se tratara. De esta forma, técnica, ética y respeto hacia el toro formarán el corpus que justifica la corrida de toros más allá de ser un espectáculo para alcanzar así el nivel de acontecimiento. Al interiorizar esto, el joven aprendiz de aficionado tiene un poderoso y crítico guión sobre el cual valorar la faena de la que es parte pasiva como espectador y parte activa como juez. Le ocurrirá también que, valorando el toreo en base a la búsqueda pureza, la mayoría de las tardes le resultarán desde el tendido irrelevantes, ambiguas y contrarias a lo que ha leído en los tratados de tauromaquia o la composición mental sobre la cual se basa su afición. El joven aprendiz de aficionado habrá leído a Guillermo Sureda y se acordará de sus palabras cada vez que sienta el cosquilleo nervioso al sentarse en la piedra del tendido y escuchar los clarines y timbales que rompen el paseíllo, es decir, sentirse niño otra vez para creer en los Reyes Magos y que esa tarde puede que ocurran seis milagros seis. En esto, el joven aprendiz de aficionado observa el gesto frío, ido, silente de un torero. Se llama Paco Ureña y es de Lorca. No es, desde luego, el único ni el primero al que le ve esa cara de estar muerto de miedo, algo así como los ajusticiados camino del patíbulo. Al joven aprendiz de aficionado le gusta observar si existe miedo en la cara de un torero. Por ello calibra que, por lo menos, la cosa va a ir en serio. Paco Ureña, analiza, es de apariencia frágil, alto, espigado y flexible como un junco. De tez blanca como la cera, arquea las cejas al abrir mucho los ojos –en

el momento de escribir esto, Albacete queda lejos- Quien no supiera que es torero, adivinaría en su mirada cierta clase de locura transitoria que lo delataría. El joven aprendiz de aficionado se ha fijado en él en varias ocasiones. Le ha recordado en su compromiso algunas de aquellas páginas que había leído del arte del toreo de Domingo Ortega- aunque no pretende comparar al maestro de Bórox con el lorquiano, claro está, porque, entre otras cosas, nunca vio torear a Domingo Ortega más que en secuencias cortadas de vídeos-. El joven aprendiz de aficionado recordaba viendo al torero aquello sobre lo que tanto incidía Ortega: lo difícil que era ver hoy a un torero adelantar la pierna y cargar la suerte, presentarse dando el pecho, llevar toreado al animal y captar en ello algo básico, pero muchas veces desaparecido entre el toreo técnico y la embestida dulce y sosa del toro sin transmisión, es decir, la sensación de riesgo y emoción. No dirá el joven aprendiz a aficionado que Paco Ureña sea un torero de época ni tampoco que representa la quintaesencia del toreo que parece repartirse entre algunas figuras actuales pero sí que es un hombre comprometido con lo que representa la mortaja de luces que viste cada tarde. Su honestidad ante el toro y ante el tendido se observa desde que se abre el portón y pone el pie en la arena para romper el paseíllo. Existe compromiso con lo que va a ocurrir en la tarde y el torero lo demuestra desde que se abre de capa con ceñidas verónicas desde el tercio y trata de llevarse el toro a los medios. El joven aprendiz de aficionado lo observa con atención, tenso, nervioso. Pasa miedo. Le ha visto con toros de Algarra, Conde de la Maza, Montalvo, Adolfo y Victorino Martín. El patetismo que expone en el ruedo va acorde con la emoción que imprime a su toreo, tal vez como forma de tapar sus defectos, que los tiene. En la duda queda saber si es por falta de técnica o de dominio que los toros le tengan ojeriza y que le atropellen como si le pasara un tren por encima. En esas circunstancias, Paco Ureña se repone con ataraxia estoica, vergüenza torera e imprime a la faena su

carácter trágico. Con él se entiende el mito y el rito que subyace en una plaza enfrentándose un hombre y un toro. El joven aprendiz de aficionado entiende lo que ocurre en el ruedo porque hay, sencillamente, verdad. Esa verdad se sustenta en dos grandes protagonistas que, aunque parezca obvio, no lo es hoy en día: un toro bravo y un hombre vestido de luces. El joven aprendiz de aficionado observa que la espada no es lo fuerte de Paco Ureña. No es que no le importe, pero al menos se fija en una ejecución ortodoxa de la suerte. Se perfila de cerca y entra a matar por derecho, muy despacio, así como lo contaba Búfalo, el de Juncal. De esta forma –reflexiona- además de bella, la muerte se convierte en algo solemne y da sentido al acontecimiento, completa su significado. A fin de cuentas, más allá de cuestiones técnicas, el que está sentado en el tendido funciona como una antena que percibe las señales de lo que ocurre en el ruedo. El toro emite esas señales y es el torero quien debe ser capaz de modularlas para que llegue en forma de emoción al observador. El joven aprendiz de aficionado ha sentido esa emoción viendo esta tarde a Paco Ureña –como en otras tantas ocasiones- su actitud y su forma de torear. No ha tenido suerte. Los tendidos aplauden tímidamente. Se retira cabizbajo hacia el callejón sosteniendo el verduguillo y con la taleguilla hecha harapos. El joven aprendiz de aficionado sigue sin embargo levantado aplaudiendo, preguntándose de qué pasta están hechos estos hombres y recuerda la máxima de Sartre:

La emoción es una brusca caída de la conciencia en lo mágico: o, si se prefiere mejor, diremos que el mundo de lo útil, de lo determinado (de lo que llamamos realidad), desaparece bruscamente, apareciendo en su lugar el mundo mágico [...].

Y eso es lo que este torero le ha hecho sentir esta tarde y por eso ha decidido que sí, que vale la pena volver una tarde más a una corrida de toros.